

rias; el retorno al pasado, el paso atrás de la Fernán Caballero o Alarcón; el regeneracionismo original de Clarín, ansia profunda «de una revitalización y de un rebrote de la savia religiosa que había manado abundantemente en otro tiempo por todas las creaciones del pueblo español» (p. 164). El tema es demasiado amplio para encerrarlo en un solo capítulo. Quizá por ello se resiente la crítica de Soledad Miranda, más en este caso que en otros, de una excesiva generalización.

El extenso capítulo segundo, *Visión histórica de la iglesia española* (pp. 165-281), trata «de la reconstrucción que de la inmediata historia de la Iglesia institucional hacen los autores del gran momento literario español que abarca toda la segunda mitad del siglo XIX» (p. 165). Porque, con mayor o menor profundidad, nuestros novelistas nos dieron todos una visión, globalizada o sectorial, del pasado eclesiástico decimonónico; sin que, por supuesto, esto suponga que estuviesen nuestros autores obsesionados con la Iglesia y su andadura histórica.

Soledad Miranda, en su estudio, descalifica las imágenes históricas que nos dan de la Iglesia Fernán Caballero y Blasco Ibañez: «Ni en Fernán Caballero ni en Blasco puede recogerse la imagen auténtica de una Iglesia que, como su pueblo, experimentó en aquel decisivo reinado una crisis profunda y de muy largo alcance» (p. 176). Ciertamente, entre la imagen límpida y sin mácula de la Iglesia y sus ministros de la Fernán y la repulsa desorbitada de Blasco se van a mover todos nuestros novelistas.

Esa reconstrucción de la inmediata historia de la Iglesia española se monta sobre la fijación de las coordenadas de períodos extensos como la etapa isabelina o la Restauración; sobre el estudio detallado de problemas muy concretos como la desamortización o el papel de los jesuitas en el entramado social; sobre la consideración de cuestiones de perenne actualidad

en la historia española contemporánea como la Inquisición y la masonería; y también sobre el doloroso tema de la violencia: «por cuanto es él realmente el verdadero telón de fondo de casi toda la problemática religiosa explícita e implícita en la literatura decimonónica» (p. 269).

En suma, el libro de Soledad Miranda supone una gran aportación, acertada incursión en una de las parcelas de nuestra novela del XIX peor tratadas por la crítica. La amplitud de los conceptos de «Religión» y «Clero», si bien dificulta la sistematización de los datos y propende a excesivas simplificaciones, permite abrir futuras vías de estudio. En este sentido, sería muy provechosa la comparación de la imagen de lo religioso en nuestra novela finisecular con la formada en los escritos especializados de filósofos, teólogos y polígrafos de la época.

J. EUGENIO MATEO

ISSOREL, JACQUES: *Collioure 1939. Les derniers jours d'Antonio Machado / Los últimos días de Antonio Machado*. Perpignan. Edition du Castillet, 1982, 174 páginas.

El libro del profesor Jacques Issorel posee un emocionado y, al mismo tiempo, emocionante contenido. Son muchos los libros y artículos publicados sobre la muerte de Machado, sus últimos días en España, el doloroso exilio, etc. Para comprobarlo basta mirar la bibliografía cumplidamente citada por el autor de este trabajo.

Sin embargo, no por abundante llega esta temática a perder actualidad o a resultar iterativa, y esto por una razón fundamental: los años y la lejanía van desvaneciendo recuerdos que se pierden o se desdibujan, van haciendo desaparecer a las personas que compartieron con Macha-

do aquellos días y somos conscientes de que cualquier iniciativa que se dirija a recopilar los más pequeños recuerdos es de valiosísima importancia; así opina don Enrique Rioja en su artículo «Último sol de España» recogido en *Antonio Machado* (edición de Ricardo Gullón y Allen W. Phillips, colección El escritor y la crítica. Taurus, Madrid, 1973). Es en este sentido en el que la obra de Issorel adquiere toda su validez y vigencia.

El libro consta de dos partes. La primera nos presenta, en una bella edición bilingüe de la que ineludiblemente tenemos que elogiar su cuidada presentación, una recopilación de recuerdos estructurados de forma que nos permiten seguir de cerca las vicisitudes por las que pasó nuestro poeta. El autor de este trabajo ha sabido conjugar los testimonios de Jacques Baills, Juliette Figüeres, habitantes de Collioure, Matea Monedero, esposa de José Machado, José Machado y Corpus Barga, para recrear a través de ellos la figura humana y la entereza de espíritu de don Antonio en tales momentos.

Las primeras páginas nos sitúan en julio de 1936, cuando el poeta, a instancias de León Felipe y Rafael Alberti, accede a abandonar Madrid para trasladarse con su familia a un pueblecito de Valencia. Allí permanece hasta abril de 1938, pasando a continuación a Barcelona para iniciar el 22 de enero de 1939, cuatro días antes de la caída de dicha capital, un éxodo lento y penoso hasta llegar a Collioure, donde muere el 22 de febrero de 1939.

En la segunda parte aparece una selección de 19 poemas dedicados a Antonio Machado en el exilio, uno de ellos, el de Salvador Espriu, *Agonia d'Antonio Machado*, inédito, compuesto expresamente para este volumen. Por citar alguno de los poemas que aparecen en el libro, podemos mencionar al recientemente fallecido Louis Aragón, o a Leopoldo de Luis, Pablo Neruda, Juan Rejano, Jorge Guillén, José Hierro, Gerardo Diego, Rafael

Alberti, hasta completar la lista de 19 autores elegidos para formar esta pequeña antología-homenaje.

El profesor Issorel afirma en la presentación a esta segunda parte que «existe en Machado estrecha relación entre las obras del poeta y pensador y la conducta del hombre... Los lazos que, durante toda su vida, unen a Machado con el pueblo español, nunca aparecen tan estrechos como cuando marcha el poeta hacia el exilio y muere en Collioure. Esta solidaridad activamente manifestada hasta el final de su vida, los españoles la siguen percibiendo como 'ejemplo y lección' según palabras de Leopoldo de Luis» (pp. 109-111). Efectivamente, así podemos explicar la vigencia que la obra y la vida de este poeta tienen todavía entre nosotros, a pesar del cambio de los gustos literarios y de las nuevas modas. Los poemas recogidos por el autor de este libro, como él mismo afirma en su presentación, vienen a poner de manifiesto esa actualidad al ser la expresión de sentimientos de solidaridad con la figura del poeta.

De este modo el autor nos da una visión completa de lo que significó el exilio de don Antonio Machado. Si la primera parte nos muestra cómo sufrió en sus últimos días en los que vivió físicamente solo, hundido en la pobreza y la nostalgia, en la segunda encontramos, a través de estos poemas, la honda dimensión que su muerte tiene hoy para muchos españoles, para los que la muerte de Machado no es sólo la de un gran poeta español, es mucho más, es el símbolo de la derrota, de la muerte de toda una España que el mismo día 27 ó 28 de enero de 1939 (las fechas se confunden en la memoria de aquellos infortunados acompañantes) salió con el poeta camino del exilio y de una muerte más o menos cierta, «y cuando la desaparición de un poeta se produce en el momento en que crueles pruebas arremeten contra su tierra, la reacción de profunda simpatía le

da valor de símbolo. Así pasa con Antonio Machado, quien en medio de su pueblo doliente y vencido se va con la desesperación del éxodo a buscar refugio fuera de España y a morir en Collioure» (página 109).

Seríamos injustos con Machado si olvidáramos esa realidad de sus últimos días. Juan Rejano supo expresarlo en unos versos del poema que Issorel eligió para la segunda parte de su trabajo:

*Dicen que al morir le hallaron
a España dentro del pecho.*

Así pues, se trata de un hermoso homenaje a la persona del poeta, como afirma don Manuel Andújar en la introducción al libro, «del hombre enterizo, del patriota ejemplar y del señero poeta que fue, es y será, mientras perduren España, su lengua y su cultura, don Antonio Machado» (p. 10).

PILAR BELLIDO NAVARRO

GRANJEL, LUIS S.: *Eduardo Zamacois y la novela corta*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1980, 160 págs.

El autor de este libro es bien conocido por sus trabajos biográficos sobre algunos de los grandes escritores noventayochistas y novecentistas: Unamuno, Azorín, Baroja, Ramón Gómez de la Serna. También se ha preocupado por otros autores no tan relevantes como los citados, pero de gran interés para completar la historia literaria española de principios del siglo XX. Recordemos, por ejemplo, sus estudios sobre Felipe Trigo («Felipe Trigo. Medicina y literatura») y Antonio de Hoyos y Vinent («Vida y literatura de Hoyos y Vinent»).

Siguiendo esta línea de investigación, en el libro que reseñamos Granjel se ocupa de dos aspectos muy poco tratados todavía: la vida y la obra del novelista Eduardo Zamacois (1873-1971) y las colecciones de novela corta que tanto éxito alcanzaron en nuestro país durante las tres primeras décadas de este siglo.

La extensa obra de Zamacois (novelas, libros de viaje y de crítica, relatos, memorias, diversas piezas de teatro, etc.) ha sido olvidada, o menospreciada, como la de tantos otros escritores de esta época. Desde la guerra civil hasta hace muy pocos años, sólo algunos pocos críticos —entre ellos, Federico Carlos Sáinz de Robles y Joaquín de Entrambasaguas— abordaron su novelística con cierto rigor. En la mayoría de los manuales de historia de la literatura y en los libros de consulta más accesibles, se ignoraba el nombre de este autor o se aludía a él con una fórmula despectiva e invariable: fue un cultivador de novelas eróticas, pornográficas; un «novelero» comercial y escatológico. La verdad no es tan simple y Granjel, en el trabajo que comentamos («Vida y literatura de Eduardo Zamacois»), traza un «retrato» mucho más objetivo.

La primera etapa de la novelística de Zamacois (1894-1910, aproximadamente) sí entra de lleno en lo que se suele llamar «novela erótica», pero con más calidad literaria que la mayoría de los escritores que se dedicaron a este género en aquellos años. Además, no hay que olvidar que el mismo autor, a partir de 1916, corrigió las obras de su primera época suprimiendo muchos pasajes escabrosos, y las que no pudo reelaborar, «como *Incesto*, *Loca de amor* y *Bodas trágicas*, que el editor Sopena continuó reimprimiendo, serían recusadas por Zamacois, quien las eliminó de su bibliografía» (p. 31). Las novelas a las que nos estamos refiriendo —las ya citadas y *La enferma*, *El seductor*, *Memorias de una corteasna*, *Sobre el abismo*, etc.—, reflejan, según Granjel,